



The Continuity of Parks

Lyka
McAllister-Borchert
Translator

He started to read a novel a few days ago. He abandoned it for urgent business and reopened it once he was returning to his farm by train: the plot slowly drew him in, and so did the depiction of the protagonists. Later that afternoon, after writing a letter to his attorney and discussing his business with his butler discussing the matter of sharecropping, he returned to the book in the tranquillity of his office which overlooks a park with oak trees. While lounging in his favourite comfortable armchair, sitting away from the door, lessening the chance of intrusions, he caresses the green velvet of his chair while reading the last few chapters. He remembered the names and images of the protagonists effortlessly; the novelistic illusion won him over immediately. He enjoyed the almost indulgent pleasure of disengaging himself line by line from his surroundings. He felt comfortable resting his head on the velvet

of the high-backed chair, cigarettes within reach, that beyond the windows the air danced in the sunset beneath the oaks.

Word by word, absorbed by the sordid dilemma of the characters, letting himself drift towards the images that were arranged and acquired colour and movement, he witnessed their last meeting in the cabin on the mountain. First, the women came, suspicious; now the lover came inside, his face injured by the blow of a tree branch. Admirably, she stopped the blood using her kisses but rejected her attempt at embrace, he had not come to repeat the ceremonies of their secret passion, protected by the forest of dry leaves and secretive paths. The dagger warmed itself against his chest, and underneath liberty pounded, hidden nearby. A lustful, longing dialogue ran through the pages like a stream of snakes, feeling like everything had been decided from eterni-

ty. Including those caresses that entangled the lover's body, as if wanting to contain him there and dissuade him from it; drew the figure of another, necessary to destroy. Nothing had been forgotten: alibis, chance, and possible mistakes. From that hour on, every moment had its own meticulously attributed use. The ruthless double-checking was interrupted as a hand caressed a cheek. Night had begun to fall.

Without looking at each other, both attached rigidly to the task awaiting them as they separated from each other at the door of the cabin. She had to continue down the path, going north. From the opposite path, he turned to see her running with her hair down. He ran in turn, taking cover in the trees and hedges until he distinguished the mauve-coloured mist of the dimly lit path leading to the house. The dogs are trained not to bark, and they did not. The butler should not be there at this hour, and he wasn't. He climbed the three steps of the porch and entered. From the blood galloping in his ears, came the voice of his lover: first a blue room, then the gallery, then a carpeted stair. At the top, two doors. No one in the first room, no one in the second as well. The door to the reading room, dagger in hand, the light of the windows, the high back of the green velvet armchair, the head of the man in the chair, who came to the end of the novel.

La Continuidad de los Parques

Julio Cortázar
Author



New Growth by Daniel Cheung

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo,

que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y

disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayor-domo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

Memoirs of Spring by Zeyna Al Gutani

